

Cómo
transferir
la fe 
a tus hijos

 *Cómo transferir la fe a tus hijos.*

e625.com

CÓMO TRANSFERIR LA FE A TUS HIJOS
e625 ©2025

A menos que se indique otra cosa, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Nueva Traducción Viviente (NTV), © Tyndale House Foundation, 2010. Todos los derechos reservados.

Autor: Sergio Valerga

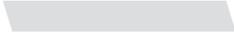
Edición: María José Hooft

Diseño de portada e interior: Rodrigo Pauloni @brow.creativo

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

ISBN: 978-1-954149-69-4

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS



Contenido

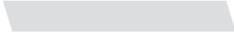
SECCIÓN PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Capítulo 1: La crianza y la fe	13
Padres imperfectos, Padre perfecto	13
Amados por un Padre bueno	16
La paternidad centrada en el amor	19
Capítulo 2: El impacto del legado	23
Dos padres, dos familias, dos legados	23
Nuestro legado	25
El Shemá	26
Capítulo 3: La crianza espiritual como proceso	35
Agricultores en una maratón	35
Regalo y recompensa	37
Reflejados en nuestro espejo	39
Capítulo 4: La paternidad con propósito	43
El rol esencial del padre	43
Cuatro tipos de padres	44
Para el padre que anhela cambiar	47
Cuatro dimensiones	59

SECCIÓN FORMACIÓN ESPIRITUAL	52
Capítulo 5: La naturaleza de la formación espiritual	53
¿Qué es la formación espiritual?.....	53
Separados para Él.....	55
Capítulo 6: Desafíos de la crianza espiritual	59
1. Comunicar información sin formación.....	59
2. Hacer de la crianza una cuestión de entrenamiento moral.....	60
Un proceso lento y profundo.....	62
Capítulo 7: Guiando a nuestros hijos en la fe	65
Discernir su voz.....	65
Tu peregrinaje espiritual.....	67
Una vida transformada.....	69
La fe que deseamos transferir.....	70
Los enemigos de la fe.....	72
De lo circunstancial a lo eterno.....	73
Un fundamento sólido.....	75
Promesas y expectativas personales.....	77
Capítulo 8: Crecimiento espiritual y carácter	79
Guiarlos a la obediencia por amor.....	79
Fe para la vida diaria.....	81
La espiritualidad de la identidad.....	83
Salud emocional.....	87
El poder de sentirse valorados.....	88
El dolor, el sufrimiento y las dificultades.....	89
Algunas formas en que perjudicamos a nuestros adolescentes.....	91
Camino a la madurez.....	93
Aprendemos de nuestros hijos.....	95

SECCIÓN PRÁCTICAS ESENCIALES	97
Capítulo 9: Construyendo una familia espiritualmente activa	99
Ideas para aplicar según las edades	99
Capítulo 10: Cuatro prácticas esenciales	109
1. Una familia activa y con propósito	110
La familia como centro de la formación espiritual	112
La formación espiritual sucede en el hogar y se refuerza en la iglesia... 113	
2. Padres que dan el ejemplo	115
3. Padres cálidos y cercanos	119
Palabras que afirman y sanan	120
Afecto tangible	121
La importancia de ser demostrativos	122
Pedir perdón cuando los lastimamos	124
4. Padres conectados a una comunidad de fe vibrante	127
Tres pilares	129
Aliados espirituales	132
Capítulo 11: Rituales y tradiciones familiares	135
El poder de los símbolos	135
La formación sucede en la repetición	137
Santificar lo ordinario	138
Tradiciones familiares	143
Capítulo 12. Regresemos a la mesa	145
Practicar la hospitalidad	148
Una escuela de amor	150
Beneficios	152
Disparadores de conversación	153
Capítulo 13: La familia y la sociedad	155
Una puerta a la comunidad	155
Activar los oídos	157

Empatía	159
Ichi-go ichi-e	160
De las redes sociales a la vida real	161
Pequeños grandes momentos	162
Capítulo 14: La cultura del hogar	165
Gracia y amor incondicional	165
Gracia y verdad en la crianza de los hijos	170
La virtud de la paciencia	172
Un oasis en el desierto	175
Un lugar de descanso	178
Capítulo 15: El matrimonio como cimiento	181
Matrimonio saludable	181
Cómo crear un entorno seguro y protegido	182
Capítulo 16: La familia como contracultura	187
Valores que transforman generaciones	187
Ofrecer una mejor alternativa	188
Herramientas del enemigo	190
Nuestro logro más importante	193
Familia en misión	196
Palabras finales	201
Bibliografía utilizada	205
Recursos en línea	205



Introducción

Querido papá, querida mamá, gracias por tomarte el tiempo de leer estas páginas. Este libro no nace porque soy un sabelotodo que ha dominado el arte sagrado de transmitir la fe a los hijos, sino porque este tema me ha conmovido por mucho tiempo, he aprendido de mis propios errores y tengo el privilegio de ayudar a muchos padres continuamente.

Soy un papá imperfecto, con más errores de los que me gustaría admitir. Un padre que ama a Dios y que, junto a mi esposa Carina, sigue aprendiendo cada día. Tratamos de abrazar y vivir el camino de Jesús, aunque a menudo tropezamos en el intento. Escribo desde ese proceso, con la esperanza de que lo que hemos descubierto en nuestra propia travesía pueda animarte y acompañarte en la tuya. Este libro es una invitación al viaje desafiante de descubrir el propósito y los sueños de Dios para nuestras familias y cómo podemos sumarnos a ese plan en medio de nuestra vida imperfecta.

No es un libro pensado para criticarte ni generarte culpa sino para estimularte a que juntos recorramos el camino complejo de la formación espiritual de nuestros hijos, que es único para cada familia.

Sé que, como yo, muchos padres a veces se sienten desorientados y abrumados al enfrentar los desafíos inesperados de la crianza. Educar y guiar a nuestros hijos en un mundo tan incierto y cambiante no es fácil.

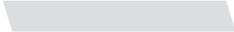
La familia no es un rompecabezas prefabricado de una manera uniforme y que se ajusta a todos por igual. Al contrario, tiene mucho de improvisación, de adaptación a momentos y circunstancias especiales que cada núcleo familiar experimenta en diferentes etapas.

Y la verdad es que muchas veces anhelamos encontrar fórmulas mágicas que nos enseñen cómo vivir y cómo criar a nuestros hijos, pero el caso es, que aunque existen algunas verdades fundamentales, las fórmulas mágicas no existen.

Como padres, vivimos en una tensión casi constante entre lo ideal y lo real. Cada hogar existe en su universo complejo y hermoso, cargado de historias de quebrantamiento y redención, trabajando para desaprender viejas costumbres y abrazar la visión transformadora que Jesús nos ofrece.

Por eso, en este libro, más que paradigmas teológicos complejos vas a encontrar prácticas diarias en un tono esperanzador y realista. Y considero que, para abrazar estas prácticas de manera fiel, necesitamos la predisposición de experimentar primero nosotros una formación espiritual que incluya crecer en sabiduría y discernimiento, participar en la comunión y en la comunidad de la iglesia local, responder a la guía y dirección del Espíritu Santo en nuestra cotidianidad y discernir cómo es vivir fielmente en nuestros contextos familiares particulares.

Demasiadas veces abordamos la crianza y la vida familiar con la presión de cumplir con un guion preestablecido, como si exis-



tiera un único camino correcto que debemos seguir sin margen de error. Nos aferramos a expectativas rígidas, creyendo que ser buenos padres significa ajustarnos a un modelo idealizado donde todo está bajo control y donde cada decisión debe ser la correcta. Pero ¿y si la invitación de Jesús como padres no es a seguir un libreto perfecto, sino a caminar en un proceso de amor, gracia y crecimiento constante?

El llamado de Jesús no es a descubrir un patrón infalible para criar hijos exitosos, sino a sumergirnos en el trabajo santo y valiente de aprender a amar a nuestra familia como hemos sido amados por el Padre. No se trata de alcanzar un estándar inalcanzable, sino de reflejar, en nuestra imperfección, la gracia de Dios.

Cada familia es una expresión única del amor del Padre. Nuestro desafío no es alcanzar una versión idealizada y perfecta, como esas imágenes retocadas que vemos en Instagram, sino ser una familia que refleja los valores del reino de Dios en su propia historia. Con luchas y victorias, con fragilidades y momentos de rendición.

Criar a nuestros hijos significa guiarlos con fe y humildad, confiando en que Dios obra en ellos y en nosotros, incluso en medio de nuestros errores.

En consecuencia, más que buscar certezas absolutas, estamos llamados a discernir la voz y el mover del Espíritu Santo en los ritmos ordinarios de nuestra vida familiar. A aprender a improvisar con fidelidad, a abrazar con valentía el desafío de amar sin reservas y a confiar en que, aunque el camino no siempre sea claro, la gracia de Dios nos sostiene a cada paso.

En la vida familiar, no buscamos solo momentos extraordinarios, sino que nos esforzamos en el trabajo diario de exponer con honestidad nuestras fragilidades, traumas y pecados, permitiendo

que el Espíritu nos transforme, día a día, en los padres que fuimos creados para ser.

Por eso, deseo que este libro sea un compañero de viaje, no una carga. No es un manual con respuestas definitivas, sino una invitación a caminar con Dios en la crianza, con humildad y confianza. Porque la meta no es la perfección, sino aprender a amar como el Padre nos ama: con paciencia, gracia y fidelidad.

Nuestra tarea no es construir una familia impecable, sino un hogar donde el amor de Dios sea real y palpable, y donde aprendamos a discernir su voz, a improvisar con fe y a celebrar cada pequeño paso en este camino sagrado de formar y ser formados.

Y que en cada desafío y en cada alegría recuerdes que no caminas solo. Dios va contigo, sosteniéndote, guiándote y recordándote que su gracia es suficiente, un día a la vez.

SECCIÓN PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

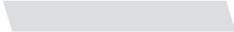
Oh pueblo mío, escucha mis enseñanzas; abre tus oídos a lo que digo, porque te hablaré por medio de una parábola. Te enseñaré lecciones escondidas de nuestro pasado, historias que hemos oído y conocido, que nos transmitieron nuestros antepasados. No

Este libro es una invitación al viaje desafiante de descubrir el propósito y los sueños de Dios para nuestras familias.

les ocultaremos estas verdades a nuestros hijos; a la próxima generación le contaremos de las gloriosas obras del Señor, de su poder y de sus imponentes maravillas. Pues emitió sus leyes a Jacob; entregó sus enseñanzas a Israel. Les ordenó a nuestros antepasados que se las enseñaran a sus hijos, para que

la siguiente generación las conociera —incluso los niños que aún no habían nacido—, y ellos, a su vez, las enseñarán a sus propios hijos. De modo que cada generación volviera a poner su esperanza en Dios y no olvidara sus gloriosos milagros, sino que obedeciera sus mandamientos. (Salmo 78:1-7).

 *Cómo transferir la fe a tus hijos.*



Capítulo 1:

La crianza y la fe

Padres imperfectos, Padre perfecto.

La buena noticia es que la crianza espiritual no es perfecta, sino más bien es una crianza imperfecta, llevada a cabo por padres imperfectos desde una perspectiva espiritual. Esto significa criar a los hijos con la eternidad en mente.

La Biblia nos presenta una galería de padres que, al igual que nosotros, llevaban a cuestas una mochila con sus fallas y luchas. Adán y Eva, los primeros en cometer errores, enfrentaron la tragedia de ver a uno de sus hijos convertirse en asesino de su propio hermano. Abraham, el gran patriarca, en un momento de debilidad entregó a su esposa, mintiendo acerca de ella para protegerse. Noé, el hombre justo que halló gracia ante los ojos de Dios y sobrevivió al diluvio, luchaba con el abuso del alcohol. El relato bíblico nos cuenta que sus propios hijos lo vieron borracho y desnudo, revelando su humanidad y vulnerabilidad. David, el hombre conforme al corazón de Dios, enfrentó la amarga rebelión de su hijo Absalón, una prueba de las complejidades en las relaciones familiares. Elí, sacerdote de

Dios, falló en corregir a sus hijos, quienes deshonraban el templo y actuaban de manera corrupta ante el pueblo. Incluso José y María, los padres terrenales de Jesús, tuvieron un momento de descuido cuando lo olvidaron en el templo, y no se dieron cuenta de su ausencia sino hasta tres días después, mientras estaban de regreso a casa.

Es probable que si alguno de ellos llegara hoy a nuestras iglesias, más de uno los habría dirigido hacia consejería familiar. Sin embargo, Dios no los desechó por sus errores; los usó, los transformó y cumplió su propósito a través de ellos. Este relato nos deja

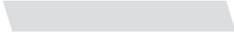
Dios no los desechó por sus errores; los usó, los transformó y cumplió su propósito a través de ellos.

claro que la perfección no es un requisito para ser usados por Dios. Lo que realmente importa no es cuántas veces caemos, sino cuántas veces nos levantamos y volvemos al Padre, quien siempre está dispuesto a restaurarnos y a guiarnos.

De esta manera, la Biblia nos recuerda y nos envuelve en la esperanza de saber que la gracia de Dios siempre es más grande que nuestros errores. Incluso en nuestra imperfección, él puede moldearnos para ser padres conforme a su corazón.

A lo largo de los años, he sentido una creciente frustración con ciertas enseñanzas sobre la paternidad que, en lugar de ofrecer esperanza, parecen alimentar la culpa. Muchos recursos, libros y programas construyen sus modelos a partir del temor que todos compartimos como padres: el miedo de haber fallado o de estar perjudicando de alguna forma a nuestros hijos.

Es fácil caer en ese camino, jugar con nuestras inseguridades y destacar nuestras debilidades, presentando soluciones mi-



lagrosas que supuestamente son nuestra última esperanza para “arreglar” lo que está mal. Aún peor, algunas enseñanzas afirman que solo existe una manera correcta —la suya— de criar a nuestros hijos según el corazón de Dios. Este enfoque no solo limita, sino que también ignora la diversidad de familias y contextos, y muchas veces deja de lado la gracia y la guía divinas que están disponibles para todos los padres.

Este libro no es para eso. Aquí no encontrarás una lista de reglas rígidas que te hagan sentir insuficiente o que exploten tus ansiedades. Porque, sinceramente, todos hemos experimentado esa duda, esa incertidumbre de si lo estamos haciendo bien. No te prometo fórmulas mágicas ni respuestas que eliminen todas tus preocupaciones, pero sí te aseguro que no jugaré con tus temores. Ser padre ya es bastante desafiante como para que nos carguen con más peso del necesario.

Este libro es una invitación a caminar en gracia, a comprender que, aunque somos imperfectos, somos profundamente amados y capacitados por Dios para esta tarea tan importante.

Desearíamos tener en nuestras manos un plan infalible para criar a nuestros hijos en la fe, pero la realidad es que no existe tal fórmula mágica. Con el paso del tiempo, he visto padres con una fe profunda y con habilidades excepcionales para la crianza, pero cuyos hijos, a pesar de ello, se han alejado del camino espiritual. Al mismo tiempo, he presenciado familias donde los padres, quizás menos comprometidos espiritualmente, ven a sus hijos florecer con una fe apasionada.

La verdad es que no hay una receta garantizada ni una lista de pasos simples que aseguren una fe duradera en nuestros hijos. Es precisamente esta incertidumbre lo que convierte a la crianza en un viaje tan complejo y misterioso.

La paradoja de la paternidad es que no controlamos los resultados, pero seguimos sembrando en medio de la incertidumbre, confiando en que Dios obra en sus tiempos y de maneras que no siempre comprendemos.

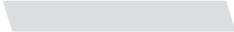
Permíteme recordarte: todos los padres cometemos errores. No existe el padre perfecto. Nunca ha habido y nunca habrá perfección en la crianza de los hijos. Lo que sí podemos es ser confiables en la manera en que confesamos y nos arrepentimos de nuestros errores cuando debemos hacerlo.

Los padres intencionales sabemos que cometeremos errores, pero también estamos dispuestos a levantarnos una y otra vez y aprender cómo nuestras decisiones y acciones afectan a nuestros hijos. Nuestra constancia en el presente tendrá repercusiones eternas.

Amados por un Padre bueno

El pasaje que sigue es el más citado en la Biblia por la misma Biblia, lo que indica su importancia: ***“El Señor pasó por delante de Moisés proclamando: “¡Yahveh! ¡El Señor! ¡El Dios de compasión y misericordia! Soy lento para enojarme y estoy lleno de amor inagotable y fidelidad...” (Éxodo 34:6).*** Es una autodescripción directa de Dios, donde él revela su carácter y cómo se relaciona como un padre con nosotros.

Cómo vemos a Dios determina cómo vivimos y cómo practicamos nuestra paternidad. Una percepción distorsionada de



Dios puede llevar no solo a una fe distorsionada, sino también a un acercamiento equivocado a la paternidad.

“Lo que creemos sobre Dios moldeará también el tipo de padre en que nos convertiremos”, y te recuerdo que Dios no es quien pensamos que es; él es quien dice que es.

Debemos basar nuestra comprensión de Dios en su propia revelación, no en nuestras suposiciones. Volver a las Escrituras es esencial para corregir las ideas erróneas que la cultura o experiencias propias puedan haber sembrado en nosotros.

Lo primero que aprendemos acerca de Dios es que es “compasivo y misericordioso”. El hecho de que estas palabras encabecen la lista de los rasgos del carácter de Yahvé significa que son lo más importante que debemos saber sobre él.

Primero, “compasivo”. La palabra hebrea tiene una raíz que significa “útero femenino”. La idea detrás de esto es el sentimiento profundo que tiene una madre hacia su bebé, una atención constante y amorosa, como una madre que está siempre pendiente de las necesidades de su hijo pequeño. Esto nos da un vistazo de cómo Dios, como un buen Padre, está pendiente de nosotros, sus hijos: de ti y de mí. “Compasión” es la palabra que describe lo que Dios siente por nosotros.

En contraste, “la misericordia” es una palabra de acción. En hebreo, significa “mostrar gracia” o “mostrar favor”. Es algo que se hace: ayudar a alguien en un momento de necesidad. Esto implica que, como un Padre bueno, Dios viene al rescate cuando sus hijos necesitan ayuda.

Estas dos palabras se unen para mostrarnos cómo es Yahvé: compasivo y misericordioso. Cuando nos presentamos ante Dios, nos encontramos con un Dios que siente, que se preocupa profun-

damente por nosotros. Y también con un Dios que actúa, que desea intervenir y hacer algo por nuestra situación.

La fe no nace de la obligación, sino de la certeza de ser amados profundamente por Él. Obedecemos porque nos **sabemos** amados, y no **para** ser amados. Es esa confianza plena en su amor la que enciende en nosotros una respuesta auténtica, una obediencia que fluye no por miedo, sino por gratitud. Porque la verdadera fe es eso: una explosión de amor que da sentido a todo lo que somos.

Nada debilita más nuestra fe —y la de nuestros hijos— que convertirla en un rígido código de reglas morales. Cuando la fe se reduce a normas sin vida, pierde su esencia. Lo que verdaderamente transforma no es una lista de “deberes”, sino un encuentro con el amor vibrante y desbordante de Jesús.

Nuestro llamado no es a criar hijos perfectos, sino a ser la mejor versión de padres posible. Para esto, es esencial comprender cuán profundamente somos amados como padres por el Padre; esta es la clave para amar bien a nuestros hijos.

Pues su amor inagotable hacia los que le temen es tan inmenso como la altura de los cielos sobre la tierra. Llevó nuestros pecados tan lejos de nosotros como está el oriente del occidente. El Señor es como un padre con sus hijos, tierno y compasivo con los que le temen (Salmo 103:11-13).

La paternidad centrada en el amor

Colocar al amor como centro de la paternidad consiste en amar a nuestros hijos con todo lo que somos porque sabemos cuánto nos ama Dios de todo corazón. Si nos cuesta creer en la verdad de cuán amados somos por un Padre bueno, constantemente sentiremos la necesidad de vivir a la altura de un estándar imposible de perfección. Quisiera poder decirte que no he cometido errores en la crianza de mis hijos, que no les he hablado con dureza, que no los he decepcionado o lastimado. Me encantaría poder decirte que he logrado tratarlos con honor, dignidad y con el amor de Cristo el cien por ciento de las veces. Pero no es cierto.

Al mismo tiempo, con cada error, descubro oportunidades de crecimiento, permitiendo que el perdón de Dios moldee mi camino como padre. Mis hijos no necesitan que yo nunca me equivoque; necesitan que aprenda de mis errores y que repare y restaure nuestra relación cada vez que sea necesario. Acepto la gentileza y la gracia de Dios hacia mí, sabiendo que su fortaleza se perfecciona en mis debilidades.

Dios desea que como padres podamos satisfacer las necesidades de nuestros hijos, pero incluso los padres más devotos y espirituales les fallan a sus hijos. Es natural y normal lamentar y lamentarse por las decisiones y acciones pasadas. La culpa, el arrepentimiento y el remordimiento no solo son respuestas típicas y saludables; también sirven para dirigirnos hacia el progreso y la madurez. El hecho de que estés leyendo este libro es una prueba de tu compromiso con ese crecimiento.

Eres un buen padre y, como todo buen padre, has tenido altibajos. Eso es parte del viaje. A medida que avances en este camino, resiste la tentación de caer en el diálogo interno negativo (“Soy

un padre terrible”), de hacer declaraciones absolutas (“He arruinado para siempre mi relación con mis hijos”) o de dejarte dominar por la culpa (“Si no lo hago bien de ahora en adelante, perderé la oportunidad de tener una buena relación con mis hijos cuando crezcan”).

Recuerda, tus hijos no necesitan un padre perfecto para florecer y prosperar. Te necesitan a ti. Necesitan un padre que esté presente, que siempre esté aprendiendo y creciendo y que trabaje diligentemente para reparar, restaurar y fortalecer la relación padre-hijo basada en la confianza. No eres un error y no eres un fracaso. Dios está obrando en ti para que seas el padre que Cristo te ha llamado a ser. Uno de los mayores regalos que podemos dar a nuestros hijos es nuestra propia transformación, nuestra disposición a cambiar cuando sea necesario. Esto les transmite a nuestros hijos algo poderoso: “No soy todavía mi mejor versión, pero vale la pena que yo sea mejor por ustedes”.

Nuestro Dios es un Padre que nos sonríe con un amor más profundo y generoso de lo que nosotros jamás podríamos ofrecer a nuestros hijos. Su amor no fluctúa, no se desgasta por nuestras fallas, ni se fortalece por nuestros logros; simplemente es. Él nos ama y perdona nuestras equivocaciones como padres, y cubre con su gracia las imperfecciones de nuestra familia. No hay esfuerzo o fórmula en este mundo que pueda aumentar ese amor, porque ya nos abraza completa y perfectamente, tal como somos, tal como estamos hoy.

La gracia de Dios no es un premio que se gana, sino una realidad que se recibe. Su amor por nuestra familia no depende de cuán bien nos desempeñemos o de qué tan “correctamente” estamos viviendo. Nos ama aquí y ahora, en medio del desorden y las luchas cotidianas. Abrazar esta verdad es liberador: como padres, **ya somos** perdonados, aceptados y amados.

Esta realidad se refleja en la conmovedora historia de Ernest Hemingway, en *La capital del mundo*, donde un hombre en Madrid coloca un anuncio en el periódico en busca de su hijo perdido, diciendo: "Paco, encuéntrame en el Hotel Montana el martes al mediodía. Todo está perdonado. Papá". Al mediodía, ochocientos jóvenes, todos llamados Paco, se presentaron, esperando la reconciliación con su padre.

La gracia radica en la popularidad del nombre, pero el mensaje es mucho más profundo. Todos anhelamos la aprobación, el perdón y la aceptación de nuestro padre. Es un deseo universal que trasciende culturas y que refleja la verdad espiritual más esencial: tenemos un Padre celestial que, desde siempre, nos espera con los brazos abiertos, listo para amarnos incondicionalmente, sin importar lo lejos que hayamos vagado. Esto es lo que los psicólogos llaman "hambre paterna", un anhelo profundo de ser vistos, aprobados y amados por quien nos dio la vida.

Como cristianos y seguidores de Jesús, también sentimos esa hambre en nuestro rol como padres, sabiendo que cada familia enfrenta luchas únicas: ansiedades, problemas económicos, situaciones concernientes a la salud física, mental y emocional, adicciones, infidelidad, divorcio, conflictos... Porque la familia, como reflejo de la humanidad, está llena de desafíos. Ser padres es difícil, y no existe un modelo perfecto o único de familia.

En medio de todo esto, hay una verdad que nos sostiene: nuestro Padre celestial ya nos ha perdonado. Vivimos bajo su gracia,

Abrazar esta verdad es liberador: como padres, ya somos perdonados, aceptados y amados.

aprobados en Cristo. Y sí, Dios nos ama con un amor incondicional. Está completo. No puede crecer ni disminuir. Como nos recuerda **Romanos 8:1**: *“Por lo tanto, ya no hay condenación para los que pertenecen a Cristo Jesús”*. Y esto incluye, por supuesto, a nosotros, los padres cristianos.

Espero que no te conformes con dejar a tu familia en el punto en el que se encuentra hoy. Que estés leyendo estas palabras ya es una señal clara de tu deseo de crecer, de ser intencional y de abrazar con seriedad la gran responsabilidad que Dios ha puesto en tus manos. Y si algo sé con certeza, es que Dios te ama tanto que tampoco permitirá que te quedes donde estás. Su amor siempre nos invita a avanzar, a caminar hacia un lugar mejor. Nunca es tarde para comenzar a hacer lo correcto.

No te dejes llevar por la presión de hacer todo a la vez. Comienza con lo que resuene en tu corazón, un pequeño paso, una acción sencilla, y verás cómo con el tiempo esos pasos pequeños se convertirán en grandes transformaciones. El viaje de fe y amor que emprendes con tu familia es uno en el que Dios camina contigo.

En Juan 19:30, con sus últimas palabras en la cruz, Jesús declara: *“**Todo está cumplido**”*. No necesitamos ganarnos el favor de Dios a través de nuestras obras, porque todo ya ha sido cumplido, está terminado. La deuda ha sido pagada por completo, y cuando Dios nos mira, nos ve a través de Jesús. Esa es la esencia del evangelio: la libertad y la certeza de saber que, en Cristo, todo está completo. Estas son las verdaderas buenas noticias que nos transforman.